

Estampas del Dieciocho

EL DIECIOCHO es una mezcla de 14 de julio parisién con la melancolía oriental de la Semanita Santa de Sevilla. Caballos, coches, bellezas femeninas, soldados, elegancias, Té Deum, carreras y feria en el Parque. Cada día significa inauguraciones y novedades. La muchedumbre de pie es chilénísima. Vamos a ver los carruajes en 1910. Habían pocos autos, de Tisné y de Copetta. El paso de los carruajes era observado con curiosidad y orgullo. Estos fluían por las calles en dirección a la cita en las verdes dulzuras del Parque, pasando por la Alameda de las Delicias, tan bonita como su nombre. El Chile agrícola de entonces era rico por cuanto vivía más de sus producciones. Agricultura, casa en Santiago, hipoteca y política, no conseguían producir lesiones en el organismo nacional. En coches y caballos competían las familias agrícolas y la ciudad se extasiaba en la espectacular competencia. La bisutería hípica, bruñida y como nueva, brillaba en la carrera vespertina, en la ida y en el regreso por las calles próceres, Dieciocho y Ejército, en cuyos espaciosos balcones se hacían tertulias de damas mayores, de niñas en la edad del pavo y de ancianos, indulgentes para los placeres de los jóvenes, que ellos no buscaban. El público de ojos inquietos no cesaba de comentar la calidad de los carruajes, de las personas y de los caballos. Unos carruajes distanciaban a otros y se diría que preludiaban las grandes carreras que tendrían lugar el 20. Los entendidos señalaban la procedencia de los bellos brutos, barnizados por sus propios sudores. Eran caballos finos, importados o mestizos, que arrojaban espumarajos de baba y daban furiosos cabezazos. Algunos eran conocidos.

—Esos son de Viluco.

—Esos otros de La Peña.

Pasó una victoria casi perfecta con dos alazanes, cochero y lacayo de libreas azules y sombreros de copa. Dentro iban un señor grueso, rubio, inmóvil, y dos damas como

figurines de París, asimismo inmóviles. Algunas bestias manoteaban como en los circos. El último coche "americano", del Chile austero, el de don Ramón Santelices, desafiaba el conjunto de carruajes, todos pimpantes, ingleses o franceses, inclusive el *mail* de la familia Undurraga. Pero mucho más desafiaba la carretela endieciochada con la familia chilena soñolienta, el canturreo, la guitarra y el quiltro que ladraba de un lado a otro, como si quisiera defender su eclipsada chilenidad.

Hubo en ese septiembre inolvidable de 1910 no una, sino cien notas trágicas, cómicas, políticas, de una intensidad magnificada en el recuerdo. En el Parque Cousiño fue la aparición de una mujer misteriosa, de belleza casi sobrenatural, y en carruaje Renault, esto es, en un automóvil del tiempo de entonces, abierto y majestuoso, con chofer francés. *L'inconue* parecía francesa, y no lo era; parecía actriz, y no lo era; parecía de la diplomacia, y no lo era. Ya la describiremos y contaremos su historia. Lo cierto es que algunos jóvenes osados pretendieron seguir al Renault para dar con la casa de la misteriosa, pero no lo consiguieron. Esto ocurrió una tarde del diecisiete de septiembre de 1910, en vísperas del Té Deum del más famoso de los septiembres. Los carruajes regresaron del Parque cuando comenzaba la noche. Durante la comida los elegantes de Santiago se preguntaban quién sería la bella desconocida.

DÍA DIECIOCHO Y TÉ DEUM

Cañonazos lejanos anunciaron a los santiaguinos la salida del sol del Dieciocho. La ciudad se vació a las calles como un cántaro.

Tras de una serie de prestidigitaciones del Destino era Vicepresidente en ejercicio don Emiliano Figueroa. El 16 de agosto había fallecido don Pedro Montt; el 6 de septiembre falleció el sucesor de éste, don Elías Fernández Albano. De estos desastres salió como el Ave Fénix uno de los hom-

bres a quien ahora reconozco un valor incalculable. Chile encontró su ritmo en él. Era del tipo físico que gusta en Chile, medio huaso, payador, valiente, enamorado y sencillote. Un Segundo Sombra chileno, grande y fuerte, con algo de viñatero, de alta frente ancha y barbas de oro, crespas. Algunos veían por primera vez esa figura, fulgurante de juventud, que más tarde sería familiar. "Me gusta", decían por las calles. Al verle, todo el mundo aplaudía. Era el reverso de don Pedro Montt y al público ingrato le agradó el cambio. En esos años a un chileno le hubiera sido desagradable tener otro Presidente triste y de cara tréfica, con tipo de *Croque mort*, como don Pedro Montt, no obstante sus indiscutibles méritos. Don Emiliano, dorado y campestre, parecía el Presidente hecho para el Chile feliz del Centenario. Su cara estaba oreada por aires errantes de boldo y peumo, en Quilpué, la hacienda de don Claudio Vicuña, su patrón. El campo da un fuerte sentido de lo real, con algo de indispensable vulgaridad. El trueque de un negro triste por un rubio alegre tonificó a todos. Algunas damas derramaban lágrimas cuando pasaba don Emiliano. A primera vista inspiraba confianza. Recuerdo cuando le vi por vez primera. *Era un aire suave*, en la tarde. Pasó en el carruaje presidencial, de suaves muelles. Iba con el Presidente argentino, el jettatore Figueroa Alcorta. Al lado de don Emiliano la jetta se evaporaba. Todo el mundo aplaudía. Su fisonomía era tranquila, risueña, con el buen humor constante del gordo alegre de vientre victorioso y patilla rizada.

Esta clase de hombres encanta y seduce a las multitudes. Las mujeres le comparaban con sus maridos y se ponían graves. La muerte de don Pedro Montt no entristeció sinceramente a nadie. Dicen los filósofos, y Kant entre ellos, que el público goza con las catástrofes; lo cierto es que en el aire encantado del Centenario las muertes se cambiaban en fiesta. Los políticos secaban sus lágrimas de cocodrilo y tomaban posiciones para ganar provecho en un tiempo tan lleno de promesas. En el restaurante Gage estallaban las botellas de *Veuve Cliquot*. Los ojos echaban chispas. Los acaeceres más dramáticos adquirían calidad infantil y alegre bajo la limpidez voluptuosa del cielo, lechoso y dorado. El clima era serenador, el concertador del orden. Don Emiliano, Presidente de cuatro meses, como rey de primavera, con tipo de poeta de

campo a lo Catulle Mendès, era la mejor señal de la buena estrella de Chile.

Así llegó el Te Deum de 1910, en la Catedral. El pueblo se vació en la Plaza de Armas. Su reserva, que parece apatía, estalló. En la Catedral late el pulso colonial en su mejor expresión. Llegó la Escuela Militar a tomar posiciones. Automática, esbelta, elegante, gimnástica en sus movimientos, con ese aire de cuerpo de ballet militar, o alegoría de lo más perfecto en el mundo, es nuestro orgullo. Precedía la banda de tambores y pitos. Dirigía el comandante Barceló. En apostura y belleza marcial nadie ha superado ese espectáculo. Todo se movió en un clic de precisión. Los cascos relucientes remataban con la espuma impresionante de los crines del Heracles germánico, temible y hermoso. Barnizados, nuevos y simétricos, los cadetes parecían juguetes finos, importados y en caja. El viento de septiembre infló la túnica guerrera de la República y ponderó lo más belicoso de su espíritu. En la plaza se sentía eso en un olor mezclado de flores y de caballos. El hálito sensual de la primavera se juntaba con las tufaradas de incienso y cera de la Catedral. Se abrían las válvulas intestinales de los caballos y caía la bosta que era parte del olor de septiembre. Hubo, además, algo indescriptible: la presencia del ejército argentino en la capital. Sutil competencia con victoria de Chile. Los acordes marciales chilenos se mezclaron con los del himno de San Lorenzo. Los caballos chilenos, nerviosos y más pequeños, se coquejaron con los argentinos de los granaderos de San Martín, grandotes y huesudos. Las niñas corrían de un lado a otro, excitadas y brillantes. Al mismo tiempo gritaban: ¡Los cadetes! ¡Los cadetes!. Un extranjero enriquecido en su tienda arrastró a su mujer, a su criada y a tres críos. Corrían para ver pasar al hijo cadete, ese milagro de Chile. El padre de por allá, de un terroso y miserable país oriental, no cabía de orgullo, cuando miraba al hijo cadete, vestido y disciplinado a la prusiana, en Chile. ¡Allá va! ¡Allá está! La familia entera corría para ver al cadete. Los oficiales a caballo, esos machos hermosos y mecánicos que daban órdenes a la tropa con voces de trueno, empuñaban a los civiles y los políticos que pasaban con sus levitas negras y con sus sombreros de copa de prestidigitadores. Sin embargo, don Emiliano resistió el contraste. Se hizo un silencio. Presentaron armas. El

público retuvo el aliento. Emoción. Llegaba la escolta que precede los carruajes de la Presidencia. Pasó don Emiliano. Le miraron con alegría, como si se tratara de la felicidad personal de cada cual. Era como de la familia. La cabeza grande, hermosa y barbuda, se aclaró en una sonrisa. Las banderas de Argentina y de Chile se anudaron entonces por primera vez, agarradas y formando cortinajes de concordia. Esa noche el representante del Parlamento argentino dijo en su discurso: "La vigorosa juventud chilena marchó hoy del brazo de la argentina, representada por sus cadetes

militares, en la vieja Alameda donde O'Higgins prolonga su galope al encuentro de San Martín. Un mismo anhelo ha juntado a ambos pueblos, y no puede esperarse otra cosa de países como el nuestro, donde por cada cañón que pasa hay mil arados que rompen el suelo y que rodea sus 43 cuarteles con las blancas murallas de diez mil escuelas, y mientras 20 mil jóvenes reciben instrucción militar más de un millón acude a las escuelas con 70 mil maestros".

Revista Occidente. N° 81. Septiembre de 1952.
Págs. 15 a 18.